

VIDA Y ESTILO DE VIDA: EL CUERPO

Magdalena de Bingen

La categoría teológica, mediadora, de la cotidianidad, se expresa en y con el cuerpo. Y el cuerpo, a su vez, es accesible a través de su materia animada (Gn 2,7) y expresiva configurada por el tiempo y el espacio. Comencemos por el tiempo.

El tiempo en el cuerpo

Comprendemos esta coordenada vital en términos de historia (pasado, tiempo dilatado) y en términos de experiencia (presente, tiempo inmediato y abreviado). La historia nos habla de continuidad y de cambios, lineales, circulares y en espiral. La experiencia apela a múltiples niveles integrados, en lo que llamamos vida, que son difíciles de medir e incluso de expresar. Habitualmente identificamos el tiempo con la vida, y, aunque no sea exacto, es funcional: nos sirve para entendernos. Ambas dimensiones (tiempo y vida) se encuentran tematizadas de una forma o de otra en las distintas teologías. No existe, estrictamente hablando, una teología del tiempo y, quizás tampoco, una teología de la vida, pero ciertamente el pensamiento teológico se ha ocupado de uno y de otra, directa e indirectamente¹. Estamos, por tanto, ante unas cuestiones existenciales y tradicionales.

No obstante, el pensamiento de estos dos últimos siglos, estudia el tiempo de un modo diferente al de épocas anteriores. Las ciencias naturales y las ciencias humanas se han ocupado de él y la cultura refleja y refracta tanto sus resultados como sus líneas abiertas. El acceso al estado de la cuestión es posible en la actualidad gracias a la buena divulgación científica existente.

La experiencia da cuenta continuamente de que el tiempo es una coordenada vital de la que nos damos cuenta en nuestros cuerpos y desde ellos. Esta vivencia, además, está marcada por el sexo y por el género. Las hembras y las mujeres vivimos el tiempo profundamente mediado por los ritmos del cuerpo, que, demasiado alegremente, han sido identificados con la naturaleza, como si la cultura no tuviera nada que ver, olvidando que la naturaleza y la cultura están influyendo la una en la otra constantemente. Los ritmos corporales de las mujeres se han identificado con la naturaleza, además, como si las decisiones colectivas, que luego son adoptadas o no individualmente (biográficamente), no hubieran configurado la percepción y la vivencia

¹ Existen teologías de la historia. Hay tematizaciones teológicas del cuerpo en la teología bíblica y en la teología práctica, algo, quizás, en la teología espiritual. La teología feminista ha tenido el cuerpo en su centro al hablar de Dios, al tratar la Biblia, al reflexionar sobre la sexualidad y las relaciones. No tengo constancia de si existe una teología feminista que relacione cuerpo y tiempo, o viceversa.

del tiempo. Hombres y mujeres percibimos, experimentamos y conceptuamos el tiempo de manera diferente. Estas diferencias inciden en la persona entera y en su modo de estar en el mundo, por lo cual afectan a la espiritualidad, la fe y la experiencia religiosa.

En este punto no está de más prestar atención a las trampas del lenguaje, pues siempre que hablamos de diferencias lo hacemos en relación con ciertos referentes. Es más, la o las diferencias siempre lo son con respecto a un dato o una realidad considerada normativa. El escollo que debemos superar en nuestro caso es pensar las diferencias de la experiencia temporal de las mujeres, en relación con la experiencia de los hombres, considerada como la *norma normans*. Es muy difícil sortear el escollo. La misma observación de la naturaleza nos instruye en el principio de que la norma es la ausencia de norma². Eso significa que, como punto de partida, nada debería considerarse normativo y, de hacerlo, sería más lógico considerar como tal la experiencia de las hembras y mujeres. Ellas, a fin de cuentas, decimos, están más cerca de los ritmos y ciclos naturales³ (vida y muerte). Los riesgos, sin embargo, son demasiado grandes como para dar por buena esta primacía. Tanto mujeres como hombres estamos configurados, corporal y biográficamente, por la naturaleza y por la cultura, aunque la incidencia de una y otra no coincidan, y aunque el patriarcado considere, hasta el día de hoy, que lo normativo es todo lo referido a los hombres.

Biorritmos de hembra e intereses culturales

El tiempo de las mujeres tiene una dimensión, de entre un número grande de ellas, marcada por los biorritmos de su condición de hembra. De hecho, ha sido delimitada e, incluso, encerrada en ellos, como indica el vocabulario utilizado para hablar de ellas, algo que pone de relieve la periodización que hacemos de su ciclo vital. Todo ello deja patente la valoración que nos merece cultural e históricamente.

A las mujeres, las nombramos niñas, púberes, jóvenes, adultas y mayores o viejas. A los hombres, por su parte, los nombramos niños, púberes, jóvenes, adultos y mayores o viejos. Hasta aquí, todo parece igual, proporcional, paralelo. Pero no nos engañemos: el significado y el valor de cada etapa de las mujeres está profundamente

² Un pensamiento riguroso tendría en cuenta, por ejemplo, el lenguaje. Lo natural equivale a menudo a lo caprichoso y ausente de control, que es lo que manifestamos en muchas frases hechas: naturaleza incontrolable; desbordamiento natural; caprichos de la naturaleza, etc. Las medidas y las normas están tan sujetas a cambios que las ciencias naturales, cuanto más rigurosas son, paradójicamente, se vuelven menos “exactas”. Un buen ejemplo es la meteorología. Las previsiones se hacen a corto plazo e, incluso así, los mejores meteorólogos son aquellos que confiesan su dificultad de precisión y acierto al cien por cien. Cuantas más variables se manejan, más dificultades encuentran para acertar. Y las variables, lejos de disminuir con el conocimiento de las mismas, aumentan al verse afectadas por él.

³ No me detengo aquí porque este tópico está ya suficientemente deconstruido por las pensadoras y científicas feministas.

marcado por estados relativos a la sexualidad y la reproducción: antes (virginidad) y después de la menarquía (“mujer”); antes (infértil) y después del primer hijo (“madre”); antes (fértil) y después de la menopausia (estéril). Estas etapas, que podríamos tranquilamente aplicar a los hombres, están reservadas en exclusiva para las mujeres. De ellas decimos que son vírgenes, madres, estériles o fértiles, y menopáusicas. No hablamos de los hombres en los mismos términos, y si lo hacemos, esos términos no significan lo mismo. El cuerpo de las mujeres es, básicamente, cuerpo de hembra. Partimos, así, de un dato entendido y fijado como esencial del que es imposible escapar. Un dato (supuestamente) incontestable, a pesar de que está demostrado que, a excepción de dos o tres rasgos biológicos, el resto es muy variable. De esta manera, al fijar el dato, el tiempo de las mujeres queda marcado por esta periodización sexualizada y esencialista.

Hablamos del “reloj biológico” y, al hacerlo, no somos conscientes de que se trata de una forma de presión sobre las mujeres, en los casos en que ellas han dedicado su tiempo a otras actividades diferentes a la maternidad y cuando no han incluido tener hijos en la distribución de un determinado tiempo de su vida. Achacamos esta presión a la naturaleza, cuando en realidad está dictada por normas culturales y, con frecuencia, religiosas. Decimos que es la llamada de la naturaleza y apelamos a la ley natural, cuando obviamente se encuentran detrás muchos y diversos intereses. Si fuera, de verdad, la “llamada de la naturaleza” y tan importante y valiosa resultara para la sociedad, no es lógico que la cultura y la distribución del tiempo en los ciclos de vida sean masculinas y para los hombres. No es lógico que sean las mujeres las que deban adaptarse a las decisiones de ellos, en lugar de que las cosas fueran al revés. De este modo, la hiper-sexualización del cuerpo de las mujeres y de su dimensión temporal se convierte en un pilar de la configuración social. Con un agravante: hagan lo que hagan las mujeres, o decidan lo que decidan, siempre serán culpables (no solo responsables)⁴. Si ellas tienen demasiados hijos, son un factor de peligro para la demografía mundial. Si tienen pocos, están poniendo en peligro el relevo generacional y aceleran el proceso de envejecimiento de sociedades, hasta hace nada, llamadas desarrolladas. Si deciden no tener hijos, son egoístas y se aplican a sus propios intereses. Si deciden tenerlos y no renuncian a lo demás (supuestamente de los hombres), son demasiado ambiciosas y, al querer estar en todo y del todo, fracasan: no hay más que ver su propia generación y la de sus hijas e hijos... Si comen poco o mucho, si se conservan bien o se descuidan, si están en forma o no, si se sienten frustradas..., si se exhiben, si “provocan”; si se esconden, si son “estrechas”..., si tienen pareja o parejas, si van con hombres o con mujeres, si no van con nadie... Todo, y siempre relacionado con sus cuerpos, su visibilidad, sus ciclos vitales, su distribución del tiempo o la gestión del mismo, cae bajo la lupa del patriarcado para acusar, culpabilizar o dejar las cosas en ese punto en que son ellas mismas las que se autoacusan y se autoculpan. El mundo giraría de otro

⁴ Sería muy interesante poder decir que las mujeres somos responsables, en lugar de hablar de que somos culpables, pero esto, de momento, es otro discurso.

modo si este pilar de su configuración fuera diferente. De hecho, eso es lo que ocurre en los casos en los que un grupo de mujeres funciona sobre ejes temporales y corporales sexuales diferentes.

Sexualización estética del cuerpo de las mujeres y control temporal

Los cuerpos de las mujeres, como bien sabemos, se encuentran bajo la presión de una sexualización estética, algo propio de Occidente hasta hace poco, pero ya globalizado a pesar de las protestas y las voces críticas (véase Fatema Mernissi, *El harén de Occidente*). El tiempo de sus cuerpos se encuentra bajo el control de grandes entidades financieras y económicas, que son las que dictan las normas. Se encuentra bajo la presión de una ideología muy poderosa que prescribe un modelo y el sentido de ese modelo, de forma que cuando pasa del exterior al interior de cada mujer individual, esta no percibe la presión, pues se considera libre. Esta sexualización estética de los cuerpos de las mujeres se realiza mediante el juego del tiempo y de su sentido. Se juega con la paradoja, tan peligrosa, de la visibilidad. Se esconde la continuidad, se maquillan los ritmos para disimular su paso de una etapa a la siguiente, y, a la vez, se visibiliza la regresión y el congelamiento temporal, en un intento, tan deshonesto como rentable, de control de los cuerpos y, contra lo que se cree, de la sexualidad. Los hombres, el patriarcado y el machismo, ya sea descarado o sutil, son quienes marcan las pautas. Y no es nada sencillo sustraerse a este influjo. Pero que no sea sencillo no equivale a que sea imposible.

Las niñas, ahora sumamente sexualizadas por los deseos masculino-machistas perversos, eran consideradas “inocentes” hasta que se manifestaban en ellas los signos de la madurez corporal, todos ellos altamente sexualizados. De esta manera, la sexualidad y la sexualización de los cuerpos de púberes y jóvenes eran percibidas en oposición a la “inocencia”, esto es, o culpables, o morbosas, o peligrosas o impuras... Esta dicotomía configura la percepción de sí de las niñas y de quienes las rodean, algo que no tiene su correspondiente paralelo con los niños. No es posible entender esta sexualización más que tomando conciencia del modo en que nos configura la mirada masculina y de los hombres. La valoración comparativa, siempre desde el punto de vista de la masculinidad patriarcal normativa de lo humano, llega con la primera menstruación y la maduración de los ovarios, el crecimiento de los pechos y los cambios hormonales, manifestados en la disposición adiposa del organismo. Ni siquiera podemos establecer comparaciones paritarias en los ritos de iniciación donde todavía existen, pues las diferencias resultan muy reveladoras.

En el contexto de nuestra reflexión, quedémonos, de momento, con una irónica paradoja: las religiosas, ya estén completamente al margen de estos influjos, o menos afectadas por ellos, constituyen uno de los grupos de apariencia más joven y de mayor longevidad.

Desde una historia inmemorial esta forma de entender el ciclo vital de las mujeres ha caracterizado una relación con lo sagrado y lo profano, no solo diferente de los hombres, sino, incluso, ajeno y extraño a lo humano “representado” (normativamente) por ellos. Todo esto es de suma importancia a la hora de pensar a las religiosas, porque su estilo de vida relativiza esta supuesta absolutización y sus esencialismos e interroga críticamente naturaleza y cultura en lo relativo a la periodización del ciclo vital de las mujeres. Ellas *desencianlizan* los intentos esencialistas y ponen distancia histórica y cultural en la supuesta naturaleza.

Otros tiempos en otros cuerpos

Hay poblaciones femeninas cuyos cuerpos marcan sus tiempos en las orillas marginales de esta cultura. La mayor parte de ellas hacen visibles en sus cuerpos de mujeres un patriarcado subrayado por la pobreza, la miseria, la violencia en todas sus formas, o la infravaloración, hasta límites inconcebibles. Mujeres cuyos cuerpos, a los 30 años, están gastados, arrugados, deformados, a causa de la sexualización (patriarcal) de sus ciclos, una sexualización explotada por los hombres y asumida como natural y normativa por ellas mismas. Solo hay que volver la vista a países africanos, latinoamericanos, árabes, asiáticos... Los cuerpos de la mayoría de estas mujeres marcan ciclos vitales diferentes a los occidentales. Las opciones de las mujeres no occidentales son mucho más limitadas que las de estas últimas, pero hay una línea que une su experiencia de los ciclos vitales, temporales, con la experiencia de las mujeres de cualquier país supuestamente desarrollado de Occidente o de Oriente. Consideramos progreso el modelo congelado (atrapado, paralizado, prisionero) en el tiempo de los cuerpos femeninos occidentales. Aunque la mejora de la salud es evidente, como lo es la diferencia vergonzosa entre los medios de unas y otras sociedades, lo que se ve y aparece se entiende y se dice en términos de visibilidad, y esta visibilidad sigue estando marcada por nuestra manera de comprender el tiempo de los cuerpos femeninos. Esta mirada se ha simplificado en dos categorías: más viejos, más jóvenes.

Los cuerpos de las religiosas también marcan otra temporalidad. El tiempo en esta población adquiere un ritmo diferente, con una significación distinta y unos resultados concretos. Partimos de un dato ambiguo: la (supuesta) desexualización del cuerpo de las religiosas. Aunque es preciso matizar y reconducir esta impresión, ahora nos sirve la percepción popular que une los cuerpos de mujeres célibes, por motivos religiosos, con ausencia de sexualidad, entendiendo esta, desde luego, como la entiende el patriarcado, como ausencia de actividad genital y como decisión de no tener hijos biológicos.

Interesa el efecto sobre los cuerpos de las religiosas y sobre la percepción del tiempo tanto de ellas, internamente, como del resto de la población, en su percepción externa. Las religiosas, en efecto, adoptan una agenda vital distinta. No se guían por el supuesto “reloj biológico” que corre “contra” las mujeres, según la idea patriarcal

dominante. O sea, su tiempo no queda marcado por esos antes y después “sexualizados” por el patriarcado. La presencia visible de los mismos, vistan como vistan (con hábito o sin él, a la moda o prescindiendo de ella), es distinta. El marco temporal se encuentra bajo las etapas institucionales que les indica el grado de pertenencia a la institución. Si una mujer joven, de 21 años por ejemplo, entra en esta forma de vida, ha de someterse a los ciclos formativos propios de las constituciones (y del derecho canónico). Lo mismo le ocurrirá a una mujer que decida entrar en la vida religiosa con 34 años o con 45. El cambio del ciclo biológico al ciclo formativo incide en la corporalidad y relocala la sexualidad, no importa si esta reconfiguración es consciente o inconsciente (no importa para registrar el hecho, porque la consciencia es importantísima en todo lo demás).

No es este el único cambio. El marco completo del estilo de vida comporta una distribución diferente y una sexualidad comprendida y vivida de otro modo, comporta una distribución distinta del tiempo externo y de los biorritmos. Estos se extienden a lo general (al marco completo) y a lo cotidiano y particular. En este contexto el marco es generador de sentido y marca sus propias pautas. El cuerpo debe mantenerse de una determinada manera para realidades productivas y no productivas de rango distinto al supuestamente normal (cultural). Es un cuerpo para el rendimiento activo, en trabajos concretos cuyo sentido es dictado por los contenidos del “marco”. Un cuerpo para las relaciones en las que la sexualidad no interviene directamente. Un cuerpo para la pasividad de la oración y de toda la dimensión contemplativa y reflexiva. Atenerse o no a estas normas y hacerlo de una forma esperada o diferente (creativa) afecta, en seguida, al cuerpo y a su visibilidad. Un cuerpo activo que integra la pasividad de los tiempos sistemáticos de oración y de contemplación tiene rasgos diferentes a un cuerpo pasivo o dedicado predominantemente a la reflexión, el estudio y la contemplación, que integra tiempos concretos de actividad y movimiento, de productividad laboral y relacional. Son diferencias importantes entre las monjas, por ejemplo, y las religiosas de vida apostólica y grupos posteriores, como los institutos seculares.

El cuerpo productivo y sus ritmos en las religiosas

El cuerpo de las religiosas no es un cuerpo reproductivo, como se deduce del voto de celibato. Esta característica tiene efectos en la cotidianidad y en la distribución del ciclo vital. Estos cuerpos ya no pueden entenderse como cuerpos de hembras, aunque sí continúan marcados como cuerpos femeninos, por la ideología patriarcal de la religión y, en concreto, la iglesia católica. Es más: la ideología patriarcal eclesiástica ha puesto un especial empeño en que estas mujeres manifiesten en sus cuerpos y mediante sus ritmos temporales que, si escapan de la condición de “hembras”, no pueden escapar de la “femenina”, es decir, de su “naturaleza” dominada y controlada, o sea, de la “sumisión”⁵. Por lo tanto, es preciso ejercer un control diferente, pero rígido, sobre sus

⁵ Lógicamente, se trata de una manera concreta de entender “lo femenino” que, como sabemos, tiene contenidos y significados diferentes en épocas y lugares diversos.

tiempos y sus cuerpos. Por eso, a la vez que se deconstruye la condición de hembras, se reconstruye y refuerza la condición femenina. Es, llamémosle así, una “compensación” u homeostasis para el sistema.

Los cuerpos de las religiosas dejan de ser cuerpos reproductivos para convertirse en cuerpos productivos, aunque esta productividad tenga sus peculiaridades y no se atenga estrictamente a las medidas canónicas de una determinada cultura⁶. La cotidianidad, así, cae bajo los efectos de unas opresiones “naturalizadas” como “propias” de este estilo de vida. No es difícil de entender que salirse de las normas esté fuertemente penalizado. De esta manera, se ahoga la potencialidad crítica de esta población de mujeres, que no se guían por el reloj biológico de los ciclos de la sexualidad reproductiva, pero deben mostrarse al mundo “redimidas” por esta “falta” utilizando el tiempo en sus cuerpos de forma productiva y sometida. A esto se une el mandato implícito de no visibilidad. Lo anodino, intercambiable, uniformado de los cuerpos se extiende a las actividades, es decir, al tiempo de trabajo externo y al tiempo de cultivo de sí mismas y de la fe. Esto último, lógicamente, a expensas de la propia capacidad de pensamiento, a expensas del mandato implícito y explícito de no desarrollar su mente y de estar sometidas a los dictámenes de los hombres que les dicen lo que tienen que creer, lo que tienen que pensar y no pensar, lo que deben hacer y lo que no. El reloj biológico ha sido cambiado por el ideológico. El primero extiende la vida de las mujeres al futuro mediante el ciclo de las generaciones, con sus tremendos costes. El segundo, en cambio, limita a las mujeres dejándolas sin futuro y sin generaciones y arrastrando unas tradiciones como pesadas cadenas con grilletes. Todo parece pensado para que las mujeres no intuyan, siquiera, la potencial libertad.

¿Cómo hay que entender que el cuerpo de estas mujeres apenas acuse el paso del tiempo, como sucede con el resto de las mujeres, las que lo esconden y maquillan y las que no pueden hacerlo?

El tiempo, el cuerpo y sus ritmos: vivir y morir

Hay una acusación de fondo sobre las religiosas, que tiene que ver con la visibilidad de sus cuerpos y con la gestión de sus tiempos vitales. Me refiero a la acusación de que no saben nada de la vida. La acusación es, sin duda, grave. Parece decir que “pasan” por la vida, pero sin gustarla ni gastarla (¡tantas de ellas se mueren

⁶ La relación entre el estilo de vida de las religiosas y la cultura es extremadamente complejo. Requiere un hábito de discernimiento fruto de mucho entrenamiento. Y ni siquiera en el caso de que exista y se lleve a cabo, contamos con la seguridad de acertar. Hay que estar en la cultura, ni por debajo ni por encima de ella, es decir, ni con complejo de inferioridad ni con arrogancia. Pero, a la vez, hay que distanciarse de ella lo suficiente para mantener el sentido crítico. Las religiosas han de estar en la cultura y ser, a la par, contraculturales. A esto lo denominamos en términos teológicos espíritu profético y actitud profética, pero nadie ha dicho que esto sea fácil, ni hay quien pueda garantizar *a priori* que acertemos.

sanas!), que son seres vivos, pero no vivientes. Y es que vivir desgasta. Desgasta el esfuerzo, pero también, y sobre todo, desgastan las emociones, los compromisos vitales, la fuerza de los vínculos, los fracasos y los éxitos, los tiempos dedicados sin medida a las personas amadas y el tipo de trabajo que se lleva a cabo. Este desgaste afecta a hombres y mujeres. Se valora, sin embargo, de distinta manera dependiendo del género⁷. El desgaste de las mujeres es muy grande en todo el planeta y dicho desgaste está íntimamente relacionado con la relación que establecen entre sus cuerpos, sus emociones y las personas amadas. El prototipo es la maternidad. Las madres gozan mucho de sus hijos e hijas, pero sufren, infinitamente más, con ellos, por ellos y a causa de ellos; se desgastan en cuidarlos y emplean en ello mucho tiempo de vida; con frecuencia, todo. Algunas lo dedican hasta la tercera generación. La cultura popular y la cultivada, la ideología patriarcal que las enmarca, han inventado muchas maneras de subrayar esta evidencia. Han creado días especiales, premios específicos, homenajes... hasta la mitificación. Una triste compensación que no puede resarcir tantas oportunidades perdidas. Una compensación que, como no puede ser menos, ninguna mujer puede permitirse despreciar.

Las religiosas de vida apostólica son mujeres muy activas. Nunca llegaremos a reconocer suficientemente lo que la sociedad católica les debe. Han sido, y lo siguen siendo, mujeres productivas. Sus cuerpos sufren desgastes que normalmente no son siquiera conocidos, pero es cierto que en ellos no existen determinadas marcas, las propias de las tareas reproductivas, de la sexualidad activa, de ciertos modos de relación e implicación emocional y afectiva. ¿Podemos decir, sin más, que estas mujeres no han vivido, no se han desgastado emocionalmente, no han amado con profundidad, ni establecido vínculos fuertes? ¿Podemos afirmar alegremente que el tiempo no ha dejado marcas y huellas profundas, solo porque han vivido los acontecimientos de otra manera? Sería osado e injusto hacerlo. Osado, por desconocimiento, e injusto, por generalización.

Sería preciso, en este punto, explorar la relación entre el cuerpo, el tiempo de la vida y la fe en un estilo de vida diferente al de la mayoría de las mujeres.

⁷ Capítulo aparte, aunque sin duda interesante, es el relativo al desgaste de las enfermedades, cuando optamos por unir las a la personalidad y la biografía de cada mujer y a su estilo de vida en su propio marco, elegido o impuesto.